Lecciones del pasado.

Las guerras de la Francia revolucionaria y napoleónica: una potencia marítima vence a una potencia continental

Capitán de Fragata (r) Jorge Ortiz Sotelo (Ph.D.)
Doctor en Historia por la Universidad de St Andrews en Escocia. Ha sido director ejecutivo del Plan Binacional de Desarrollo Fronterizo Perú-Ecuador y del Instituto Peruano de Economía Social de Mercado. Actualmente es director del Instituto Peruano de Economía y Política, y secretario general de la Asociación de Historia Marítima y Naval Iberoamericana.



RESUMEN
La Revolución Francesa produjo una serie de transformaciones políticas, sociales y militares, que transformaron al mundo occidental, luego de un largo periodo de guerras entre las principales potencias de entonces. En el curso la lucha por la hegemonía europea, emergió la figura del joven general Napoleón Bonaparte, cuyo genio permitió aprovechar las fuerzas desatadas por la Revolución. Este artículo analiza dicho proceso, enfatizando las lecciones estratégicas que ese largo periodo de guerras dejan a los intreresados en el estudio de la guerra como fenómeo político y militar.

PALABRAS CLAVE: Historia Militar, Historia Naval, Revolución Francesa, Napoleón Bonaparte, Horacio Nelson.

ABSTRACT
The French Revolution opened the path to a number of political, social and military changes, which transformed the Western World after a long period of wars between the European powers. In this process emerged the figure of the young general Napoleon Bonaparte, whose genius allow him to take advantage of the forces released by the Revolution. This article analyse tht process, pinpointing the strategic lessons which that long period of wars can provide to those currently interested in the study of the war, as a political and military phenomenon.

KEYWORD: Military History, Naval History, French Revolution, Napoleon Bonaparte, Horatio Nelson.

Hace cinco lustros comencé a dictar clases en la Escuela Superior de Guerra Naval, en torno a las enseñanzas que el pasado puede darnos para una mejor comprensión del arte de la guerra. Como una ayuda para los alumnos preparé apuntes sobre algunas de las guerras estudiadas, siendo las tres primeras: la del Peloponeso (431-403 a. C.), las anglo-neerlandesas (1652-1673) y las de la Francia revolucionaria y napoleónica (1793-1815). A los apuntes de los dos primeros casos, en el que una potencia terrestre (Esparta) derrota a

• Artículo recibido el 9 de setiembre de 2015, aprobado para su publicación el 12 de octubre de 2015

otra marítima (Atenas), y en el que dos potencias marítimas (Provincias Unidas e Inglaterra) definen la supremacía, les di forma de artículo y fueron publicados en esta revista en el 2007 y 2008 respectivamente[1]; y hoy me toca hacer lo propio con el tercer caso, en el que una potencia marítima (Gran Bretaña) vence a otra terrestre (Francia).

El estudio de estos conflictos bélicos ha dado origen a numerosos trabajos, de los que solo usaré algunos para dar una visión general de ellos, y tratar de comprender las razones por las cuales una potencia marítima logra prevalecer sobre otra continental. Ello no impide que se recomiende revisar los trabajos de Carl von Clausewitz[2] y Antoine Henri Jomini[3], quienes combatieron contra y a favor de Francia, respectivamente; así como los de Liddell Hart[4], Raoul Castex[5], Julian S. Corbett[6] y Peter Paret[7], entre otros.

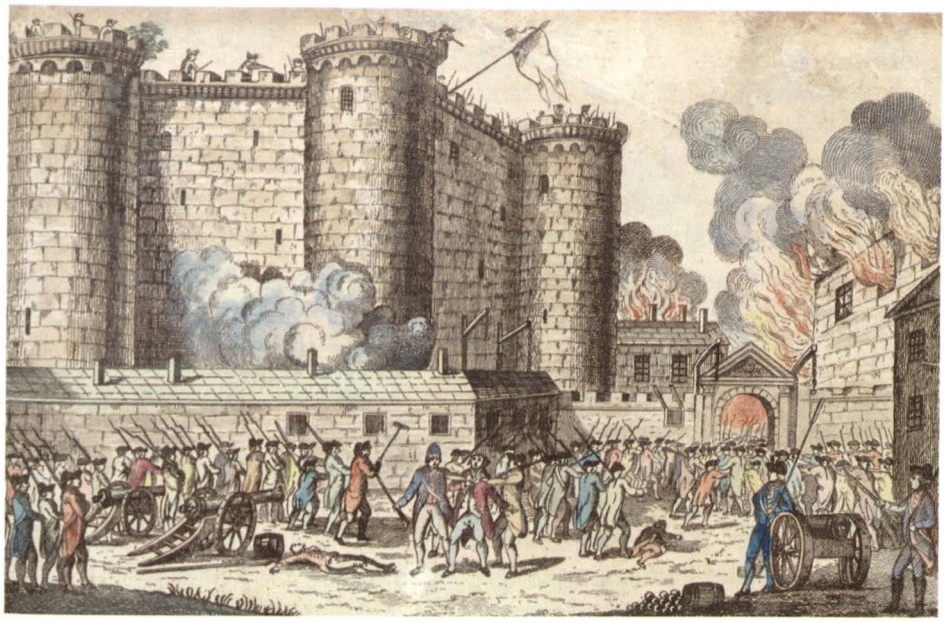
Una forma de estudiar estas guerras es a través de las siete coaliciones que se formaron contra Francia, pero la magnitud de las mismas hace difícil optar por una clasificación cronológica demasiado rígida. En algunos casos, como en la Guerra Peninsular, la lucha abarcó los periodos de dos coaliciones; en otros, como sucedió con Gran Bretaña, algunos países continuaron luchando luego que las coaliciones de las que formaban parte cesaron de existir.

Es por ello que he optado por un esquema mixto para un mejor desarrollo del presente trabajo.

La Revolución

Precedida por la Ilustración, la Revolución francesa fue en buena parte fruto de un proceso que planteó diversas inquietudes sobre la naturaleza del hombre y de las cosas, así como sobre las ideas de la libertad del individuo y el orden social[8].

1. La Guerra del Peloponeso: un poder terrestre vence a un poder marítimo. *Revista de Marina*, 2007, año C, n.º 1. pp. 73-91; y Las guerras anglo-holandesas: dos poderes marítimos en lucha por el predominio. *Revista de Marina*, 2008, año CI, n° 2. pp. 78-97.
2. *De la Guerra*. Lima: Biblioteca Militar del Oficial, 1977, 4 vols.
3. *Compendio del arte de la guerra*. Madrid: Imprenta de D.M., 1840, 2 vols.
4. *Estrategia de aproximación indirecta*. Buenos Aires: Editorial Rioplantense, 1973.
5. *Strategic Theories*. Annapolis, Maryland: Naval Institute Press, 1988.
6. *Some principles of Maritime Strategy*. Annapolis, Maryland: Naval Institute Press, 1988.
7. *Makers of Modern Strategy*. Princeton: Princenton University Press, 1986.
8. COBBAN, Alfred. A *History of Modern France*. Harmondsworth, Middlesex: Pinguin Books, 1963, I, pp. 123-266. MERRIMAN, John. *A History of Modern Europe. From Renaissance to the Age of Napoleon*. Nueva York: W.W. Norton & Company, 1996, pp. 399-441.



La toma de la Bastilla, el 14 de julio de 1789, marcó el inicio de la Revolución.

La Francia de la Ilustración tenía unos veinticinco millones de habitantes, población que era mayor a la de muchos de los otros estados europeos. El régimen monárquico francés se había convertido para entonces en el arquetipo del absolutismo, del cual Luis XIV fue uno de sus mayores exponentes. Su conocida frase: "El Estado soy yo", representa claramente la percepción del rey Sol respecto al papel que le cabía en el manejo de la cosa pública y en el destino de sus súbditos[9].

La intervención francesa en la guerra de independencia norteamericana trajo, entre otras consecuencias, una terrible crisis fiscal para Francia; cuyo ministro de Finanzas, Jacques Necker, procuró paliarla recurriendo a préstamos que hipotecaron las posibilidades de sus sucesores. Debiendo cubrir la enorme servidumbre a la deuda, se puso en marcha un conjunto de medidas para incrementar las rentas fiscales, motivando el descontento general y la agudización de la crisis económica. Entre esas medidas se encontró la aplicación del sistema de libre mercado con Gran Bretaña, que inundó Francia con productos más baratos, trayendo como consecuencia el cierre de numerosas fábricas, con las consecuentes protestas y disturbios. También se estableció un impuesto a

9. MERRIMAN, *A History of Modern Europe*, pp. 442-491.

la propiedad de la tierra, que en gran parte se encontraba en manos de la nobleza y de la Iglesia. A pesar del firme respaldo de Luis XVI a su ministro, esta última medida generó el rechazo tanto de la Asamblea de Notables como del Parlamento de París, señalando que dicho impuesto era un atentado contra la propiedad y que no podía aceptarse sin el consentimiento de la nación. Ambas instituciones demandaron convocar a los Estados Generales, forzando al Rey a aceptar un nuevo empréstito para atenuar la crisis fiscal. La propia nobleza comenzó a cuestionar la autoridad real, motivando que el Rey disolviera el Parlamento y profundizara la crisis[10].

El 5 de mayo de 1789 se constituyeron en Versalles los Estados Generales, formados por 1165 diputados (la mitad representando al estado llano, la mayoría de ellos burgueses, una cuarta parte representando al clero y otra cuarta parte a la nobleza). Predominaban los partidarios de llevar a cabo reformas, entre ellos unos doscientos sacerdotes y noventa nobles; pero existían otras dos tendencias: la que respaldaba el absolutismo monárquico y la que deseaba imponer a la monarquía el respeto a los privilegios que cada clase poseía. Luego de tres semanas de debate en torno a la forma de reunión (si debían sesionar juntos y tener voto individual, o si debían sesionar por separado), el 17 de junio los representantes del estado llano o tercer estado se proclamaron la personificación de la nación, y se constituyeron en Asamblea Nacional; a la que poco después se unieron muchos de los representantes del clero que tenían ideas liberales, y que también aspiraban trasformar a Francia en una monarquía constitucional. Tras vencer un tímido intento real por restablecer los Estados Generales, la Asamblea Nacional fue reconocida como representante de la nación e incorporó a su seno a los integrantes de la nobleza. Días después, el 9 de julio, se convirtió en Asamblea Constituyente[11].

La efervescencia parisina contra el absolutismo llegó a su punto culminante el 14 de julio de 1789 con la toma de la Bastilla por la guardia ciudadana y el populacho del barrio de Saint-Antoine, como parte de las protestas que buscaban reemplazar al antiguo ayuntamiento por un municipio electo por los ciudadanos. Este ejemplo fue seguido en toda Francia, que pronto sustituyó el antiguo sistema de gobierno local por numerosos municipios autónomos, que se fueron agrupando en torno a grandes centros urbanos. El 4 de agosto, la Asamblea logró imponer algunas reformas, como la abolición de los derechos y privilegios feudales, la secularización de las tierras de la Iglesia y, final-

10. PIRENNE, Jacques. *Historia Universal*. Barcelona: Océano, 1982. VI, pp. 1930-1936.
11. Ibidem, pp. 1949-1950.

mente, la derogación de los privilegios de la nobleza. Poco después, el 26 de ese mismo mes, la Asamblea aprobó la Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, que debería preceder a la Constitución.

Algunos miembros de la nobleza, atemorizados tanto por el giro que iban tomando las actividades de la Asamblea, como por la creciente violencia que se vivía en París luego de la toma de la Bastilla, abandonaron Francia y comenzaron a conspirar en cortes europeas contra los revolucionarios. En ese contexto se produjo la marcha de los ciudadanos de París a Versalles, el 5 de octubre de 1789, que culminó obligando al rey a establecerse en París, en el palacio de las Tullerías. Esa efervescencia popular forzó también a la Asamblea Constituyente, donde la mayoría de sus integrantes era monárquica, a abrir sus puertas al público. Como señala Pirenne: "iba a entablarse un duelo entre la legalidad, representada por la Constituyente, y la insurrección, mantenida desde la calle"[12].

El 20 de junio de 1791, el rey y su familia escaparon de la ciudad hacia la frontera norte. Al día siguiente fueron detenidos en Varennes, desde donde se les obligó a retornar a París.

En julio de 1790 la Asamblea Constituyente aprobó una constitución que, precedida por la ya mencionada Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano, formalizaba una monarquía constitucional y establecía un sistema igualitario para todos los franceses. Pronto surgieron conflictos entre el poder Legislativo y el Ejecutivo, agudizados por la crisis financiera y por la reacción de la Iglesia, que también había sido afectada de manera notoria. Esta situación precipitó la decisión de Luis XVI de romper con los constituyentes y huir de París, para procurar restablecer el antiguo régimen con el apoyo de sus partidarios, tanto dentro como fuera de Francia. El 20 de junio de 1791 el Rey y su familia escaparon de la ciudad hacia la frontera norte. Al día siguiente fueron detenidos en Varennes, desde donde se les obligó a retornar a París. Ese mismo día, suponiendo que la huida del monarca implicaría la intervención de otras potencias en los asuntos internos de Francia, la Constituyente emitió un decreto suspendiendo al Rey en sus funciones y ordenando la movilización general. No obstante, poco después de estos hechos, Luis XVI fue restablecido como monarca y la Constitución fue aprobada por la Asamblea, la misma que se disolvió en setiembre de 1791.

12. Ibídem, p. 1958.

La propagación de las ideas de la Revolución francesa encontró eco en varias partes de Europa, generando reacciones diversas en sus monarcas. Algunos de ellos se vieron directamente afectados, pues no solo contaban con nobles franceses emigrados que conspiraban por restablecer la monarquía, sino que algunos de sus propios nobles habían perdido privilegios en Francia. A ello se sumó la condena papal a la Constitución francesa, motivando que el emperador austriaco y el rey de Prusia emitiesen el 27 de agosto de 1791, una declaración contra la monarquía constitucional, propiciando una alianza en su contra si esas ideas se propalaban. Ese mismo día, al otro lado del Atlántico, Haití se proclamó independiente del dominio francés y se estableció como una monarquía.

Ante estos hechos, el 20 de abril de 1792, la Asamblea Legislativa francesa, que había sustituido a la Constituyente, aprobó declarar la guerra a Austria, acto que implicaría también la guerra contra Prusia por la declaración antes mencionada. Se iniciaba así un periodo de luchas que abarcó casi todo el planeta y que se prolongó hasta 1815.

El Ejército y la Armada del Antiguo Régimen estaban formados esencialmente por oficiales provenientes de la nobleza y por tropa y marinería surgida de los estratos más bajos de la sociedad. Tenían un sofisticado sistema administrativo que pudo adecuarse a los cambios que la Revolución introdujo en el aparato militar. Además, ya desde las reformas introducidas por Colbert en el siglo XVII, la Armada y en menor parte el Ejército francés, habían sido dotados de un

Armadas europeas en 1790[13]				
	Navíos	Fragatas	Otros	Total
Gran Bretaña	195	210	256	661
Francia	81	69	141	291
España	72	41	109	222
Rusia	67	36	700	803
Países Bajos	44	43	100	187
Dinamarca	38	20	60	118
Turquía	30	59	91	180
Suecia	27	12	40	79
Venecia	20	19	49	88
Portugal	10	14	29	53
Nápoles	10	10	12	32
total	594	533	1587	2714

13. TUCKER, Spencer C. *Handbook of 19th Century Naval Warfare*. Annapolis: Naval Institute Press, 2000, p. 23.

importante aparato teórico formativo que facilitó el desarrollo de las ciencias náuticas y de nuevas tácticas y técnicas en el campo militar.

Se había debatido con profusión las tácticas de infantería, encontrando que un sistema mixto de avance en guerrilla o escaramuza, con columnas de marcha y ataque, en vez de formaciones lineales, era lo más adecuado. También se habían realizado importantes mejoras en la artillería a partir de 1760, que permitieron a la Francia revolucionaria contar con la artillería más eficaz y móvil de la época, con piezas de peso relativamente reducido, muchos de cuyos componentes eran intercambiables, lo que permitía que pudiese apoyar a la infantería en todas las fases del combate.

El ejército había sido organizado en divisiones y cuerpos permanentes, cada uno de los cuales contaba con elementos combinados de infantería, artillería, caballería y servicios. Siguiendo las ideas de Pierre Joseph Bourcet y del conde de Guibert sobre dispersión, concentración y objetivos alternativos, las grandes unidades podían moverse en forma independiente, amenazando varios potenciales objetivos, pero manteniendo la capacidad de apoyo mutuo y de rápida concentración para un enfrentamiento. Esto fue facilitado por el crecimiento paulatino de los estados mayores, que permitía controlar fuerzas más grandes y dispersas. Otro cambio significativo fue el aumento en la velocidad de desplazamiento, que pasó de 70 a 120 pasos por minuto, dando a las fuerzas fracnesas una significativa ventaja sobre sus futuros contrincantes. Todo ello fue el potencial que la Revolución se encargó de desarrollar[14].

Los ejércitos de entonces eran profesionales, con profusión de mercenarios. El ejército francés tenía un 25% de no franceses, mientras que el 60% del ejército prusiano era extranjero. Los efectivos eran relativamente reducidos (Francia 150,000 hombres, Prusia 180,000 y Rusia 200,000), y si bien estaban sometidos a una rígida disciplina, también presentaban una elevada tasa de deserción, pues su motivación principal para luchar era la paga y no algún tipo de sentimiento nacional.

La Revolución introdujo cambios importantes, siendo quizá el principal la transformación del ejército profesional en un ejército popular y nacional, en base al sistema de conscripción, lo que a su vez obligó a retornar a la vieja costumbre de abastecerse en base a la requisa, tanto en territorio propio como del enemigo. Esta y otras transformaciones fueron llevadas a la perfección bajo la

14. HART. *Estrategia de aproximación indirecta*, pp. 115-117.

conducción de Napoleón Bonaparte, quien aplicó las propuestas estratégicas de Bourcet y Guibert, "llevando al límite las posibilidades del nuevo sistema 'divisionario" durante su campaña en Italia"[15]. Posteriormente amplió ese sistema al organizar sus fuerzas en cuerpos de ejército. Como Clausewitz señala al referirse a las guerras de la Francia revolucionaria: "esas guerras abrieron todo un mundo de fenómenos nuevos que, al principio, procedían de una fuerza brutal y algo ruda, que Bonaparte supo combinar en un sistema grandioso"[16].

Una vez abolidos los privilegios de la nobleza, muchos de sus miembros fueron considerados sospechosos y eventualmente perseguidos. A su vez, surgió una nueva oficialidad, tanto para el Ejército como para la Armada revolucionarios, mucha de ella proveniente de la tropa[17]. La Armada quedó al mando de Louis-Thomas Villaret de Joyeuse, teniente de la Marina Real, quien rápidamente fue promovido a vicealmirante, y tuvo una destacada actuación en las guerras siguientes. Durante los años de guerra se mantuvo la superioridad de la construcción naval francesa, así como el brillo y valor de sus oficiales; pero sus jefes debieron enfrentar severas limitaciones a la necesaria libertad de acción que la guerra naval requiere, además de ser sometidos en los primeros años, a la autoridad de comisarios políticos embarcados. Por otro lado, las condiciones de salubridad a bordo de las naves de la época, eran lamentables; al punto que, durante las guerras que se iniciaban, el número de bajas que por razones de salud sufrieron tanto franceses como británicos, superaba en una proporción de diez a uno, al de caídos en batalla.

La Primera y la Segunda Coaliciones

La guerra contra Austria y Prusia fue enfrentada con entusiasmo por el pueblo francés, que se sentía comprometido con la defensa de su revolución. Los reveses iniciales, motivados por el desorden que los cambios sociales habían introducido en el Ejército, y los incendiarios discursos de los jacobinos y otros opositores a la monarquía, exacerbaron a la población contra Luis XVI, acusándolo de estar en tratos con sus enemigos. El 10 de agosto de 1792 el populacho parisino asaltó las Tullerías, forzando a la Asamblea a suspender los poderes del monarca y a nombrar un Consejo provisional de seis miembros. Luis XVI fue reducido a prisión y encerrado en el Temple junto con su familia.

15. Ibidem, p. 117.
16. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, III, libro VI, capítulo 30, p. 339.
17. En 1789 más del 90% de la oficialidad era de la nobleza, proporción que se redujo al 3% en 1794; y de los 26 mariscales de Napoleón, 4 habían sido sargentos en el antiguo ejército, uno músico militar y tres soldados [KEEGAN, Paul. *A history of warfare*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1994, p. 350].



Batalla de Valmy, 20 de setiembre de 1792. Los franceses logran defender su revolución.

Un mes más tarde, el 20 de setiembre, las fuerzas prusianas que habían ingresado al territorio francés, fueron detenidas por las tropas revolucionarias en Valmy. Al día siguiente se estableció la Convención Nacional en reemplazo de la Asamblea, la que derogó la monarquía y estableció la República.

Reforzados por nuevos contingentes de voluntarios, los ejércitos franceses pudieron invadir Saboya y ocupar Niza a fines de setiembre; y al mes siguiente avanzar por el norte ocupando Bélgica y, alcanzar Francfort en noviembre. Como Clausewitz señaló[18]:

> *Ningún error de apreciación iguala al de 1792. Se creyó poder modificar el curso de una guerra civil por medio de un ejército auxiliar de mediana fuerza, y se le hizo sucumbir bajo el peso de todo un pueblo salido de su propio quicio, presa del fanatismo político.*

El 19 de noviembre de 1792 la Convención Nacional, cuyo gobierno duraría hasta 1795, aprobó un decreto que ofrecía ayuda a los pueblos deseosos de recuperar su libertad. Este llamado encontró cierto eco entre algunos partidos y corrientes de opinión europeos, generando una creciente preocupación entre las monarquías por la amenaza que ello representaba para su propia estabilidad[19].

---

18. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, p. 346.
19. HOBSBAWM, E. J. *Las revoluciones burguesas*. Barcelona: Guadarrama / Punto Omega, 1982, pp. 146-150.

Por otro lado, empujada por sus miembros más radicales, la Convención aprobó abrir juicio a Luis XVI, el mismo que se inició el 11 de diciembre de 1792 y concluyó el 16 de enero siguiente, cuando el rey fue condenado a muerte por traición. Su ejecución se llevó a cabo el 21 de enero de 1793.

Estos hechos, unidos a la política expansiva que rápidamente adoptó la República luego de sus triunfos de finales de 1792, y a la más temible expansión de las ideas revolucionarias, motivaron que las monarquías europeas rompieran relaciones con Francia y que se coaligaran para combatirla. Fue así que, a mediados de 1793, la República se encontraba combatiendo contra Gran Bretaña, España, Portugal, Nápoles, Cerdeña, Prusia, Turquía, los Países Bajos, Dinamarca y Austria, reunidos en lo que se conoce como la Primera Coalición. Francia se vio invadida en todas sus fronteras; además, debió combatir serias revueltas en la Vendeé, la Bretaña y Tolón. Ante esta situación extrema, en abril de 1793, se creó el Comité de Salvación Pública que, bajo control de los jacobinos radicales, estableció varias medidas en defensa de la Revolución, entre ellas la leva en masa de todos los franceses y el establecimiento de un régimen de terror como mecanismo de defensa del Estado.

En aplicación de la leva forzosa, Francia se convirtió en una nación en armas. Los efectivos de su Ejército pasaron de 150.000 hombres al inicio de la guerra, a 650.000, en noviembre de 1793; y a 1.169.000, en setiembre de 1794. Este enorme incremento del aparato militar francés, unido a las diferencias surgidas entre las potencias coaligadas en su contra, permitió que hacia finales de 1793, se hubiese revertido la situación y Francia pudiera pasar a la ofensiva en todos los frentes.

Obviamente, el crecimiento militar francés debió enfrentar numerosas dificultades inherentes a la caótica situación de la Revolución, pero rápidamente la sección militar del Comité de Salvación pudo enfrentar ese reto. Nuevas unidades fueron formadas, equipadas y entrenadas, lo que a su vez tuvo importantes efectos en la industria bélica francesa, que creció de manera sustantiva y llegó a superar en algunos rubros a toda la producción europea. Por otro lado, la nueva oficialidad, mucho más joven y competitiva que sus contrapartes, fue incentivada a usar una creciente iniciativa, basada en parte, en la mayor masa de tropas que podían disponer para sus campañas, lo que contrastaba con las estrategias limitadas de sus contrincantes, que procuraban conservar las valiosas pero reducidas cuadrillas profesionales que poseían[20].

20. MORIULLO, Stephen; BLACK, Jeremy y LOCOCO, Paul. *War in World History*. Nueva York: McGraw-Hill, 2009, II, pp. 427-428. KEEGAN, *A history of warfare*, pp. 352-353.



Batalla de Marengo, 14 de junio de 1800.

A principios de 1794 las tropas revolucionarias expulsaron del norte de Francia a las fuerzas británicas, austriacas y neerlandesas, ocupando Bélgica luego de la batalla de Fleurus (26 de junio). Liddell Hart señala que aquello fue el resultado de la falta de una finalidad definida por parte de los coaligados, y de la conmoción sicológica que sufrieron al aparecerse el ejército del general Jean Baptiste Jourdan en su retaguardia[21].

Por el sur, el puerto de Tolón, que el 29 de agosto de 1793 había sido tomado por los realistas franceses y entregado a los británicos y españoles, fue sitiado y cayó finalmente el 19 de diciembre de 1793, tras una campaña en la que destacó el joven mayor de artillería Napoleón Bonaparte. Las tropas francesas avanzaron sobre España hasta obligarla a rendirse, y también sobre Italia, en procura de expulsar a los austriacos de la Riviera (lo que finalmente lograron el 24 de noviembre de 1795, luego de la batalla de Loano) y capturar Génova, importante plaza distribuidora de granos.

Abandonada una a una por sus aliados, Gran Bretaña logró capturar Córcega el 10 de agosto de 1794, luego de un ataque en que el capitán de navío Horacio

21. LIDDELL HART, *Estrategia de aproximación indirecta*, p. 118.

Nelson perdió el ojo derecho; mientras que una fuerza española, al mando del teniente general Francisco de Borja y Poyo, desalojó algún tiempo después a los franceses de algunas islas aledañas a Cerdeña.

En ese contexto se produjo la primera gran batalla naval de ese conflicto, conocida por los franceses como la Tercera Batalla de Ushant y, por los británicos como el Glorioso 1° de Junio.

La leva masiva que se había iniciado en Francia en 1793, afectando las cosechas y elevó el precio de los granos, forzando a importarlos de Estados Unidos. Este último país, si bien se mantenía neutral, simpatizaba con la causa francesa, tanto por el apoyo brindado a su independencia como por los principios liberales de la Revolución, y por la lucha que había emprendido contra Gran Bretaña. En ese contexto, ciento treinta naves mercantes francesas cargadas de trigo y otros víveres, zarparon de la bahía de Chesapeake bajo la protección de una pequeña fuerza naval francesa, que debía ser reforzada luego por veinticinco buques de línea, al mando del vicealmirante Villaret. Esta última fuerza zarpó de puertos galos el 16 de mayo de 1794, dos semanas después que una fuerza británica compuesta por veinticuatro buques de línea y quince fragatas hiciera lo propio desde Spithead, al mando del almirante Richard Howe, protegiendo 148 buques mercantes que se dirigían a Newfoundland. Howe tenía instrucciones de proteger ese convoy y destruir a las fuerzas de Villaret.

El 28 de mayo, las avanzadas de ambas fuerzas se avistaron en medio del Atlántico, a unas cuatrocientas millas de las costas más cercanas. El almirante francés tenía órdenes de proteger el convoy, debiendo actuar de manera defensiva ante la presencia de fuerzas enemigas, y entablar combate solamente si podía obtener ventaja o no podía evitarlo. Por tal razón, Villaret optó por atraer hacia sí a la fuerza de Howe, alejándola del convoy y trabando combates esporádicos en la medida en que la neblina lo permitía. Finalmente, el 1º de junio ambas escuadras se pusieron en posición y entablaron un reñido combate en el que Howe logró romper la línea francesa mediante un cruce directo, buque a buque. Villaret perdió siete buques (uno hundido y seis capturados), pero el convoy pasó.

Las intenciones francesas eran claras en esta primera campaña: proteger el convoy y reunir sus dos fuerzas en la mar. Las británicas eran atacar su convoy y dar una batalla decisiva. No era lo más apropiado. El almirante francés tuvo un éxito estratégico al evitar la captura del convoy, haciendo que la fuerza enemiga se alejara del punto de reunión por perseguirlo. Al día siguiente del encuentro de ambas flotas, el convoy francés pasó tranquilamente por ese

lugar hacia su destino. Tras el encuentro del 1º de junio, ambas flotas retornaron a sus respectivas bases.

La batalla fue considerada un gran triunfo por el gobierno londinense. En buena medida esto obedecía a la necesidad de alentar al pueblo británico y alejar el fantasma de una invasión, que hubiese podido contar con el apoyo de los irlandeses, muchos de los cuales rechazaban la ocupación inglesa, iniciada en el siglo XVI.

El 5 de abril de 1795, en Basilea, Prusia firmó un tratado de paz con Francia, siendo el primer miembro de la coalición en desertar. Al mes siguiente los franceses establecieron la República de Batavia en las Provincias Unidas, acto que motivó a los británicos a capturar las colonias neerlandesas en el cabo de Buena Esperanza, Ceilán y Guyana. En julio de ese mismo año, España se vio forzada a firmar la paz, y en agosto de 1796 firmó un tratado con Francia convirtiéndose así en su primer aliado[22].

A principios de abril de 1796, Napoleón cruzó los Alpes y se puso al frente de los cincuenta mil hombres que conformaban el ejército italiano. Alcanzó su primera victoria sobre los austriacos en Montenotte, el 12 de ese mes; y sobre los austriacos y piamonteses, en Milessimo, al día siguiente.

La coalición formada en 1792 había sufrido algunas deserciones, pero aún quedaban en ella Gran Bretaña, Austria, Rusia, Piamonte-Cerdeña, Nápoles y varios estados alemanes. Si bien se había suscrito un armisticio, a finales de 1795 el gobierno francés, en manos del Directorio desde octubre, decidió retomar la iniciativa en varios frentes, formando para ello cinco ejércitos. El esfuerzo principal sería por los territorios alemanes, con esfuerzos secundarios a través de Suiza y en el norte italiano, además de un intento por desembarcar fuerzas en Irlanda. Todo ello buscaba presionar a Austria, que de alguna manera era el impulsor de la coalición.

Luego de haberse distinguido en la toma de Tolón y en la lucha entre la Convención y la Comuna de París, el joven general Napoleón Bonaparte –tenía apenas 26 años de edad–, había ganado una creciente influencia, la que usó para convencer al Directorio de darle el mando del ejército de Italia, paralizado luego de su victoria en Loano (22 al 24 de noviembre de 1795). A principios de abril

22. THIERS, A. *Historia de la Revolución Francesa*. Barcelona: Antonio Virgili, 1911, II, p. 568.



Almirante Horacio Nelson.

de 1796, Napoleón cruzó los Alpes y se puso al frente de los cincuenta mil hombres que conformaban el ejército italiano. Alcanzó su primera victoria sobre los austriacos en Montenotte, el 12 de ese mes; y sobre los austriacos y piamonteses, en Milessimo, al día siguiente. Teniendo en claro que necesitaba neutralizar primero al enemigo más débil, empeñó sus principales esfuerzos contra los piamonteses; y tras una serie de enfrentamientos y detener a las fuerzas austriacas que debían reforzarlos, el 28 de abril los obligó a suscribir un armisticio que llevó a la firma de un tratado de paz, el 15 de mayo. Apenas firmado el armisticio, y con fuerzas superiores a las austriacas disponibles en la zona de operaciones, Napoleón se dirigió hacia Milán, cruzando territorio del neutral ducado de Parma. Con ello obligó a las fuerzas contrarias a replegarse a Mantua, donde quedaron fijadas por las fuerzas francesas.

Los austriacos realizaron cuatro intentos por socorrer a sus tropas atrapadas en ese lugar, cada uno de los cuales logró ser neutralizado por Napoleón gracias a su adecuado manejo de la dispersión y concentración de sus fuerzas. Sus brillantes victorias en Lodi, Arcol y Rivoli, y la rendición de Mantua el 2 de febrero de 1797, eliminaron toda posible resistencia en su camino hacia Viena, obligando a los austriacos a suscribir un armisticio en Leoben, el 18 de abril de 1797[23].

Poniendo en práctica un plan que Bourcet había concebido en 1745, Napoleón "logró convertir una ofensiva precaria en una decisiva aproximación indirecta, que produjo un final victorioso de la guerra"[24]. Como resultado de su campaña derrotó a piamonteses y austriacos, y conquistó el Milanesado, Parma, Módena, los estados papales, Génova, Nápoles, Venecia y otras ciudades, forzando a estos Estados a suscribir armisticios y a aceptar reformas sustantivas que llevaron a crear las repúblicas Cisalpina (1797), Ligur (1797), Romana (1798) y Partenopea (1798).

23. TARLE, Eugueni. *Napoleón*. Barcelona: Grijalbo, 1970, pp. 35-49. SARGENT, Herbert H. *Napoleon Bonaparte's First Campaign*. Chicago: A. C. McClurg and Co., 1912, pp. 19-37.
24. LIDDELL HART, *Estrategia de aproximación indirecta*, p. 119.

Ya para entonces, con escasos 29 años, el joven general corso había desarrollado aspiraciones que iban más allá de las puramente militares. Desde octubre de 1796 se va apartando de las instrucciones del Directorio y las desobedece al ajustar la paz con Austria con el Tratado de Campo Formio (17 de octubre de 1797). La victoria había alimentado su ambición política y sentaba las bases a una nueva era en la historia europea y en la historia militar. El Directorio también comprendió esta realidad y a partir de ese momento sintió que era necesario contar con el apoyo de Napoleón[25].

Desobedeciendo a su comandante en jefe, Nelson salió de la formación y, seguido por los dos navíos de retaguardia, puso proa al buque insignia español, el *Santísima Trinidad* (130), al que logró alcanzar y rendir, luego venció a un segundo navío.

Mientras estos hechos tenían lugar en el continente, Gran Bretaña había concentrado sus esfuerzos en el bloqueo de los puertos franceses y en apoyar a las fuerzas de la coalición. En el Mediterráneo, la exitosa campaña italiana de Napoleón privó al escuadrón del almirante Sir John Jervis de puntos de reaprovisionamiento en tierra; y la alianza de España con Francia, en agosto de 1797, generó una amenaza a dicho escuadrón. Esta amenaza se incrementó cuando una flota española se unió a la francesa en Tolón, y el escuadrón británico se vio reducido cuando tuvo que despachar a Gran Bretaña algunas de sus naves ante la posibilidad de una invasión francesa en Irlanda. En consecuencia, en setiembre de 1796, se dispuso la evacuación de Córcega y el repliegue de las fuerzas navales británicas a Gibraltar. Durante un año,el Mediterráneo quedó bajo control francés.

En ese contexto se produjo la batalla del cabo San Vicente. Dueñas del Mediterráneo, las fuerzas navales hispano-francesas reunidas en Tolón, lograron pasar al Atlántico a principios de diciembre de 1796. Los buques franceses se dirigieron a Brest, mientras que los españoles pasaron primero a Cartagena y el 1° de febrero de 17907 se dirigieron a Cádiz. Desde este puerto salió una fuerza al mando del teniente general José de Córdova, formada por veintisiete navíos de línea, once fragatas y un bergantín, debiendo unirse a la francesa en Best. Mientras tanto, una fuerza británica al mando de Jervis, que había zarpado

25. CASTEX, *Strategic Theories*, pp. 241-243.

de Lisboa el 18 de enero escoltando buques mercantes portugueses que se dirigían a Brasil, se reunió con otra fuerza, sumando quince navíos, cuatro fragatas y otros tres buques menores, que se ubicaron frente al cabo San Vicente, esperando que aparecieran naves enemigas con rumbo hacia o desde Cádiz. Ambas fuerzas se encontraron el 14 de febrero. Los buques ingleses se dirigieron hacia el centro de las dos columnas españolas (dieciocho y nueve buques), y Jervis ordenó caer en columna para entablar la acción. El tercer buque de la retaguardia, el *Captain* (74), estaba al mando de Nelson, quien se percató que con una maniobra de ese tipo quedarían a retaguardia de la formación española. Desobedeciendo a su comandante en jefe, Nelson salió de la formación y, seguido por los dos navíos de retaguardia, puso proa al buque insignia español, el *Santísima Trinidad* (130), al que logró alcanzar y rendir, luego rindió a un segundo navío. Otros dos buques españoles fueron capturados en esta acción, marcando una clara victoria británica que fue adecuadamente explotada por el Gobierno de Londres, en un momento en que la opinión pública británica necesitaba una victoria para elevar su moral.

Poco después de esta acción, el 16 de abril, se produjo un gran motín en la flota británica estacionada en Spithead, fuera de Portsmouth, cuando sus tripulantes se rehusaron a zarpar reclamando mejores condiciones de vida a bordo.

Poco después de esta acción, el 16 de abril, se produjo un gran motín en la flota británica estacionada en Spithead, fuera de Portsmouth, cuando sus tripulantes se rehusaron a zarpar reclamando mejores condiciones de vida a bordo. Meses antes, algunos tripulantes, con cierto grado de educación, habían escrito al Almirantazgo y luego al Parlamento planteando reclamos a nombre de la flota. Las cartas no fueron tomadas en serio, pues ni los miembros del Almirantazgo ni los del Parlamento podían creer que expresaran el sentido de la flota. Ante la falta de respuesta a sus peticiones, se organizó el motín y cada buque designó dos delegados que se reunieron en el buque insignia. Los delegados exigían un aumento del 25% en la paga, que no había sido incrementada desde las guerras anglo-neerlandesas; mejora en la comida, mayor cuidado de los enfermos a bordo, permiso para bajar a tierra cuando se encontrasen en puerto y mantenimiento del pago en caso un hombre fuese herido en acción, hasta su curación o baja. Las negociaciones para debelar el motín tomaron un mes, lapso en el cual se mantuvo la rutina a bordo y los oficiales



Batalla del cabo San Vicente, 14 de febrero de 1797.

fueron tratados con respeto, obedeciendo todas las órdenes, excepto la de zarpar. Howe logró apaciguar los ánimos y el Almirantazgo concedió algunas de las peticiones. Al finalizar el incidente, Howe invitó a los delegados a una cena ofrecida por él y su esposa. Días antes del arreglo, estalló otro motín en el Nore, cerca de la boca del Támesis, en el que en esencia se pedía lo mismo que la flota en Portsmouth; pero el Almirantazgo no podía permitir que el ejemplo cundiera, por lo que los líderes de los amotinados fueron sometidos a corte marcial y varios de ellos ejecutados[26].

A mediados de 1797 los británicos se habían quedado solos en su lucha contra los franceses y sus aliados. Si bien la victoria de San Vicente había sido adecuadamente empleada para elevar la moral de sus ciudadanos, los motines mencionados y el posterior fracaso del recién ascendido contralmirante Nelson en su intento por capturar Santa Cruz de Tenerife (21 al 24 de julio de 1797)[27], presagiaban un sombrío panorama. Fue por ello que la victoria del almirante Adam Duncan sobre los neerlandeses en Camperdown, el 11 de octubre, contribuyó a mejorar esas perspectivas, al igual que las operaciones que llevaban a cabo en el Caribe, que les permitieron capturar Trinidad.

A principios de 1798 Francia invadió los cantones suizos, donde las tropas fueron bien recibidas por los revolucionarios locales, lo que facilitó la forma-

26. GUTTRIDGE, Leonard F. *Mutiny, a history of naval insurrection*. Surrey: Ian Alla, 1992, pp. 44-72.
27. En esta acción Nelson fue herido en el brazo derecho, el mismo que tuvo que serle amputado.

ción de la Confederación Helvética en abril de ese año. Desde finales del año anterior, Napoleón, cuyas victorias en Italia le habían ganado un papel preponderante en la política francesa, venía propiciando un audaz golpe contra la economía británica atacando Egipto, lo que permitiría cortar o al menos afectar de manera sensible su comercio con la India. Presionado, el Directorio aceptó la propuesta de Napoleón y puso a su cargo una fuerza expedicionaria de 54.000 hombres, que debía ser trasportada por más de trescientas naves bajo escolta de trece navíos de línea, reunidos en el puerto de Tolón.

Esa concentración de fuerzas no pasó desapercibida para la inteligencia británica. Se dispuso que un pequeño escuadrón, al mando de Nelson, ingresara al Mediterráneo para vigilar a la flota francesa. Este zarpó el 19 de mayo, habiendo previamente esparcido noticias de que se dirigiría a Irlanda. Los buques de Nelson debían vigilar a la flota francesa, pero una tormenta en la noche del 20, hizo que su nave insignia perdiese parte de la arboladura y quedase en una situación comprometida, que motivó su repliegue a Gibraltar, donde debían unírsele varios navíos que quedarían bajo su comando[28]. Aquel fue el primer mando importante del joven almirante británico, quien puso en práctica una forma peculiar de ejercitar su autoridad: informar sus planes a sus capitanes subordinados e incitarlos a actuar a discreción, si la situación lo requería. Con una fuerza de 10 buques de línea, el 7 de junio Nelson retornó al Mediterráneo para iniciar la persecución de los buques enemigos.

La expedición francesa llegó a Malta el 10 de junio, forzando a la Orden de Caballeros de ese nombre a rendirse y a aceptar la incorporación de la isla a Francia. Asegurada esa base intermedia en el Mediterráneo, el 19 de junio Napoleón volvió a zarpar, esta vez hacia Alejandría. Por su parte, Nelson inició su búsqueda por Nápoles y Sicilia, desde donde se dirigió a Alejandría, pues consideraba que Egipto podía ser el objetivo francés que más afectara el comercio británico con la India. Luego que ambas fuerzas se cruzaran sin avistarse durante la noche del 22 de junio, Nelson arribó a Alejandría el día 28, y al no encontrar a la flota francesa que se había detenido en la isla de Candia, decidió retornar a Sicilia en búsqueda de noticias. Desde Siracusa volvió a hacerse a la mar para recorrer el sur de Grecia, donde finalmente supo que los franceses habían desembarcado en Alejandría y que su flota se encontraba en Abukir, poniendo de inmediato curso hacia dicho lugar[29].

---

28. MAHAN, A.T. *The Life of Nelson. The Embodiment of Sea Power of Great Britain*. Boston: Little, Brown and Company, 1943, pp. 276-277.
29. Ibidem, pp. 281-293.

El 30 de junio, apenas dos días después que Nelson dejara Alejandría, la expedición francesa arribó a Marabú, en las proximidades de dicho puerto, iniciando el desembarco de los 54.000 hombres que la componían. Gobernado desde el siglo XIII por los mamelucos, Egipto había sido incorporado al Imperio turco en 1517. Sus fuerzas, al mando de Murad Bey y de Ibraham Bey, fueron derrotadas por Napoleón el 21 de julio en la batalla de las Pirámides. La flota francesa, formada por trece navíos de línea al mando del almirante Francois de Brueys, había dejado Alejandría y se había colocado en Abukir el día 8, y allí fue alcanzada por los diez navíos de Nelson, al caer la tarde del 1° de agosto.

La expedición a Egipto y el creciente expansionismo francés llevaron a que a finales de 1798 Rusia, Gran Bretaña, Turquía y Nápoles formaran una nueva coalición contra Francia, a la que se sumaron Austria, Portugal y el Papado.

Los buques británicos se concentraron en la vanguardia y el centro francés, y tres de ellos lograron cruzar la línea para tomar a los buques enemigos entre dos fuegos. Se combatió durante la noche, y al amanecer se pudo constatar que seis buques franceses habían sido rendidos, uno había estallado y otros dos habían logrado escapar, mientras que los otros cuatro habían encallado. De las diez naves británicas, una había encallado durante la aproximación, ocho se encontraban prácticamente desarboladas y solo una pudo ponerse en persecución de las dos naves francesas que escaparon. Como resultado de esta acción, la expedición francesa a Egipto quedó aislada[30].

Formalmente, esta expedición buscaba liberar a los egipcios y árabes de la tiranía de la aristocracia local, y no tenía intenciones de segregar Egipto del Imperio turco, del cual formaba parte nominal. Pero el sultán Selim III no estaba dispuesto a aceptar esa situación y despachó un ejército para expulsar a los franceses. Napoleón salió a la búsqueda de dicha expedición, avanzando por Palestina durante marzo y abril de 1799, hasta llegar a San Juan de Acre, que logró resistir el asedio francés con apoyo británico. A mediados de junio Napoleón retornó a El Cairo, debiendo ponerse nuevamente en marcha para enfrentar a otro ejército turco, que con apoyo británico había desembarcado en Abukir, al mando de Sayd Mustafá Pachá. La batalla tuvo lugar el 25 de julio, que culminó en una nueva victoria del joven general[31].

30. Ibidem, pp. 295-307.
31. TARLE, *Napoleón*, p. 67-69.

La expedición a Egipto y el creciente expansionismo francés llevaron a que a finales de 1798 Rusia, Gran Bretaña, Turquía y Nápoles formaran una nueva coalición contra Francia, a la que se sumaron Austria, Portugal y el Papado. Durante los primeros meses de 1799, las fuerzas francesas en Italia fueron arrinconadas en la zona de Génova, generando un creciente descrédito para el Directorio, que motivó a Napoleón a retornar a Francia y dejar a sus tropas en Egipto, al mando del general Jean Baptiste Kléber.

El 9 de noviembre de 1799 Napoleón disolvió el Directorio y formó el Consulado, con él como primer cónsul y titular del Poder Ejecutivo. Con este golpe, la Revolución francesa había retornado en la práctica, al sistema monárquico absoluto.

Puesto en marcha a principios del siguiente año, en mayo de 1800 Napoleón logró cruzar los Alpes y, en vez de dirigirse a auxiliar Génova, avanzó sobre Milán, amenazando la retaguardia de las fuerzas austriacas que operaban sobre esa ciudad. No obstante, al capitular Génova tuvo que abandonar su ventajosa posición y avanzar hacia el Oeste, donde logró derrotar a los austriacos en la batalla de Marengo, el 14 de junio de 1800, obligándolos a evacuar la Lombardía. Cinco días más tarde, el general Jean Victor Marie Moreau obtuvo una nueva victoria francesa en Höchsädt, lo que llevó al emperador austriaco Francisco II hacia la necesidad de buscar la paz. Esta se firmó el 9 de febrero de 1801, en Luneville, con lo que se reconoció nuevamente el Rin como límite entre Francia y Austria, y se admitió la existencia de las repúblicas bátava, helvética, cisalpina y ligur. Además, se obtuvo en compensación Venecia y el arzobispado de Salzburgo[32].

Resuelto el conflicto con Austria, neutralizada Rusia, a la que propuso dividirse el Imperio turco, Napoleón procuró expandir la influencia francesa hacia Oriente y neutralizar el claro predominio marítimo británico, cerrándole el comercio del Báltico. La reacción británica no se hizo esperar. En mayo de 1800 los británicos capturaron Malta, consolidando su posición de control en el Mediterráneo central. El 2 de abril siguiente, diez navíos de línea, al mando de Nelson, subordinado al vicealmirante Hyde Parks, atacaron Copenhague y forzaron a los daneses a reabrir el Báltico al comercio británico. En agosto de ese mismo año, Kléber se vio obligado a capitular con el ejército de Egipto ante la convergencia de dos fuerzas británicas, una desembarcada en Abukir y otra proveniente de la India.

A finales de 1801 era evidente que Francia tenía una clara influencia sobre Europa occidental, mientras que Gran Bretaña retenía el control de los mares.

---

32. SARGENT, Herbert H. *The Campaign of Mareng*. Chicago: A. C. McClurg & Co., 1914.



Tratado de Amiens, Tercera Coalición.

Sobre estas bases, ambas potencias negociaron un tratado de paz, que fue suscrito en Amiens el 25 de marzo de 1802. La paz duraría poco más de un año, pues las hostilidades entre ellas se reiniciarían en mayo de 1803.

La Tercera Coalición

Durante la breve paz de Amiens Napoleón fue nombrado primer cónsul vitalicio y procuró consolidar su hegemonía continental, interviniendo en varias de las repúblicas que se habían conformado bajo su influencia. También puso en marcha una agresiva política colonial, fortaleciendo las posesiones francesas en el Caribe, el Atlántico Norte y la India. Gran Bretaña reaccionó ante esta actitud, le dio a Francia un ultimátum para que evacue Holanda y Suiza, e indemnice al rey de Cerdeña, tras lo cual, las hostilidades se reiniciaron en la fecha indicada.

Las fuerzas navales británicas fueron dispuestas para vigilar los puertos enemigos; estableciéndose Nelson frente a Tolón y William Cornwallis, en el golfo de Vizcaya. En mayo de 1804 Napoleón se hizo proclamar emperador de Francia, medida que fue respaldada abrumadoramente por los franceses, y el 2 de diciembre fue coronado por el papa Pío VII. Comprendiendo que la neutralidad española en el conflicto solo redundaría en beneficio francés, durante 1804, los británicos llevaron a cabo numerosos actos de hostilidad contra el comercio y buques de guerra españoles, siendo uno de esos casos la captura de cuatro fragatas que llevaban valores del Callao[33], que definió la alianza del país hispano con Francia. A fines de 1804, Suecia se unió a Gran Bretaña en la lucha contra Napoleón; y en abril siguiente, Rusia firmó un tratado con los británicos para el mismo fin, al que Austria se sumó en agosto. Se había conformado así la Tercera Coalición, a la que se incorporarían los reinos de Nápoles y Sicilia. Por otro lado, Francia tendría como aliados a España y a los Estados clientes de Etruria, Batavia, Baviera, Wüntemberg e Italia.

Combatiendo en dos frentes, Napoleón trazó planes para invadir Inglaterra, o al menos hizo todo lo necesario para que se pensara que lo haría, para lo cual concentró ciento ochenta mil hombres entre Texel y Boulogne, los que deberían cruzar el canal bajo la protección de las flotas francesa, española y holandesa. Las fuerzas navales francesa y española debían evadir la vigilancia británica y concentrarse en el Caribe, para dirigirse luego al canal que separa Europa de Inglaterra, y controlarlo el tiempo suficiente para que el ejército de invasión logre cruzarlo. Las fuerzas francesas debían zarpar de Brest, Tolón y Rochefort; y las españolas, desde Cartagena y Cádiz.

A finales de marzo de 1805, doce buques franceses al mando del almirante Pierre Charles Silvestre de Villenueve, lograron evadir el bloqueo británico a Tolón, mientras Nelson se encontraba en Portsmouth, y unirse a seis buques españoles, comandado por el teniente general Federico Graviña, para cruzar el Atlántico hacia el Caribe, desde donde retornaron hacia El Ferrol en agosto. Nelson, que inició de inmediato su persecución, cruzó el Atlántico hasta el Caribe, y a su retorno puso proa al estrecho de Gibraltar, suponiendo que dicha fuerza se dirigía al Mediterráneo.

La fuerza franco-española fue interceptada el 22 de julio frente a cabo Finisterre, por quince navíos británicos al mando del almirante Robert Calder; quien

33. ORTIZ SOTELO, Jorge. Eugenio Cortés y Azúa: de súbdito real a ciudadano americano. En *Revista de Estudios Históricos* del Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas, 2004, n.° 45, p. 295-333. Museo Naval. *El último viaje de la fragata Mercedes. La razón frente al expolio. Un tesoro cultural recuperado.* Madrid: Museo Naval, y Museo Arqueológico Nacional, 2014.

en una indecisa batalla, logró capturar dos naves españolas. Calder se mantuvo en contacto visual con la flota aliada durante cuatro días, sin intentar un nuevo ataque, por lo que fue sometido a corte marcial[34]; mientras que Villanueve, contraviniendo órdenes de Napoleón para proceder a Brest, puso proa al sur y arribó a Cádiz el 20 de agosto.

En Cádiz, Villanueve recibió nuevas órdenes de zarpar y enfrentar al enemigo, que buscaba así crear una distracción, mientras el emperador planeaba dirigirse con la totalidad de sus fuerzas contra sus opositores continentales. Fue así que, el 21 de octubre de 1805 se produjo la batalla de Trafalgar, en la que treinta y tres navíos aliados, al mando de Villanueve y Graviña, se enfrentaron a la flota de Nelson, formada por veintisiete navíos, cuatro fragatas y otros dos buques menores. Las naves británicas, organizadas en dos divisiones, se lanzaron contra el centro enemigo, logrando separarlo de la vanguardia e infringirle una decisiva derrota. Solo once buques aliados lograron retornar a Cádiz. Nelson falleció en la acción[35].

En realidad, como bien señala Corbett, la concentración de las dispersas fuerzas francesas y españolas en el Caribe, y su regreso hacia Europa, llevo a que también las fuerzas británicas se concentraran, reuniendo así un poder combativo relativo superior al aliado. Consciente de ello, y para evitar una previsible derrota, el almirante francés optó por alejarse de la zona de convergencia británica y se dirigió a Cádiz. Lejos de volverse a dispersar, amenazando en múltiples lugares las líneas de comunicaciones contrarias, la flota aliada permaneció reunida, y, después de recibir la orden de salir y buscar al enemigo, encontró una fuerza inferior en número, pero más eficaz en su conducción y en su poder combativo[36].

En agosto de 1805, cuando Villanueve recibió órdenes para enfrentar a la flota británica, ya Napoleón había cancelado sus planes de invasión a Inglaterra y se dirigía a combatir a rusos y austriacos. Considerando que las dos guerras precedentes se habían definido en el teatro italiano, los austriacos destinaron su fuerza principal a cubrir ese frente, enviando 72.000 hombres, al mando del general Karl Mack von Leiberich, a la zona de la Selva Negra, donde debían ser reforzados por 38.000 rusos, a órdenes del general Mijaíl Kutúzov, y otras fuerzas que se le sumarían después.

---

34. MAHAN, *The Life od Nelson*, pp. 666-672.
35. O'DONNELL, Hugo. *La campaña de Trafalgar. Tres naciones en pugna por el dominio del mar (1805)*. Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.
36. CORBETT, *Some principles of maritime strategy*, pp. 140-143.

Aprovechando su mayor velocidad de marcha, y disponiendo que sus siete cuerpos de ejército que habían estado en la costa atlántica con 165.000 hombres, realizaran un amplio movimiento para fijar y a la vez cerrar las vías de repliegue de los 32.000 efectivos que había concentrado Mack en torno a Ulm, Napoleón logró que este se paralizara y finalmente, se rindiera el 20 de octubre[37]. Clausewitz señala sobre aquella campaña[38]: "Ulm representa, en 1805, la última ramificación de un haz estratégico muy sabio, aunque frágil e inconsistente, bueno para detener a un Daun o a un Lacy, pero no a un hombre como Bonaparte, Emperador de la Revolución".

El 2 de diciembre de 1805, en torno a la meseta de Pratzen, al oeste de la aldea de Austerlitz, ubicada al norte de Viena, se produjo la batalla esperada. La conducción de la misma por el emperador fue simplemente magistral.

Con ello, y con algunos otros enfrentamientos sostenidos en esa campaña, Napoleón logró eliminar un importante núcleo de fuerzas austriacas, pero persistía el peligro que Kutúzov se uniera con las fuerzas austriacas que avanzaban hacia el norte desde Italia. Para dificultar tal reunión, despachó un cuerpo de ejército para amenazar las líneas de comunicaciones de Kutúzov con Rusia, obligándolo a dirigirse hacia el noreste, mientras él avanzaba por la derecha del Danubio, amenazando la retaguardia rusa. Tras ocupar Viena el 13 de noviembre, las fuerzas francesas continuaron empujando hacia el norte a Kutúzov, que con grandes pérdidas pudo reunirse en Olmutz con el zar Alejandro I y el emperador Francisco II. Las fuerzas coaligadas superaban los 85.000 hombres, siendo en gran mayoría rusas, pues los austriacos habían perdido más de 60.000 efectivos en Ulm y en los enfrentamientos cercanos a esa posición. Por otro lado, las fuerzas despachadas desde Italia aún no llegaban y otro núcleo importante seguía defendiendo Venecia contra los ataques del general André Massena.

Con un contingente ligeramente inferior a las ruso-austriacas, Napoleón se detuvo y aparentó dudar y estar débil. Ordenó que sus avanzadas se retirasen y envió al zar una propuesta de paz, pidiéndole una entrevista. Kutúzov recomendó replegarse hacia el Este hasta que los prusianos, cuyo territorio había

37. TARLE, *Napoleón*, pp. 156-162. HART, *Estrategia de aproximación indirecta*, p. 127.
38. CLAUSEWITZ, *De la Guerra*, pp. 346-347.

sido atravesado por parte de las fuerzas francesas, decidieran intervenir en la guerra, pero el joven zar, con un irreflexivo entusiasmo, debido quizá a sus escasos 28 años, se empeñó en tomar la ofensiva para buscar una batalla decisiva.

El 2 de diciembre de 1805, en torno a la meseta de Pratzen, al oeste de la aldea de Austerlitz, ubicada al norte de Viena, se produjo la batalla esperada. La conducción de la misma por el emperador fue simplemente magistral. Mostró debilitada su ala izquierda, llevando a que los rusos avanzaran contra ella para cortarle la retirada hacia Viena, pero pudo aplastarlos con los refuerzos que tenía en la meseta. Los coaligados tuvieron quince mil muertos, veinte mil cayeron prisioneros en manos de Napoleón, así como casi toda la artillería enemiga. Los franceses perdieron nueve mil hombres.

Dos días después, Francisco II se entrevistó con Napoleón, acordando finalizar la lucha y permitir el retiro de los restos del ejército ruso. La paz firmada en Preburgo, el 26 de diciembre de 1805, llevó a Austria a perder sus posesiones italianas –Istria y Dalmacia–, con casi un sexto de su población (4 de 24 millones), y obligarse a una sustantiva reparación económica.

Francia ocupó Nápoles, sacando del gobierno a los borbones, que huyeron a Sicilia bajo protección británica. Nuevamente aislados, los británicos también buscaron la paz con Francia. Prusia, por su parte, no llegó a presentar el ultimátum que le había propuesto el zar, y debió aceptar las severas condiciones impuestas por Napoleón, otorgándole a cambio Hannover; que siendo propiedad de la corona inglesa, estaba ocupada por sus tropas desde 1803, y a la que exigieron declarar la guerra a Gran Bretaña[39].

Esta campaña fue una de las más brillantes de Napoleón, no solo por la magnitud de las fuerzas empeñadas, sino por la rapidez y precisión de sus operaciones. Su concepción estratégica estaba dirigida a obtener una aplastante decisión táctica, una batalla decisiva que eliminara el ejército contrario. Empujó su gran ejército tan profundamente en el territorio enemigo, que resultó imposible ignorarlo, debiendo ser enfrentado para detenerlo. La campaña misma se llevó a cabo partiendo de una posición central, desde la cual se maniobró sobre la retaguardia enemiga para amenazar sus líneas de comunicaciones. Si el enemigo era numéricamente superior, peleaba frontalmente en un terreno con accidentes naturales, que impidiese el apoyo lateral. De este modo, podía concentrar su esfuerzo en uno de sus flancos, empleando las

39. TARLE, *Napoleón*, pp. 163-164.



Batalla D´Jena, Livrée Le, 14 octubre 1806.

fuerzas de choque en una actitud defensiva y la mayor cantidad posible de elementos en reserva, que luego aplicaba sobre un punto determinado para romper las líneas enemigas, maniobrar y envolver su retaguardia.

En los meses siguientes, Napoleón se lanzó abiertamente a la búsqueda de consolidar la hegemonía francesa en Europa, repartiendo entre sus parientes y allegados más cercanos las coronas de diversos Estados italianos, los Países Bajos y el Principado de Neutchatel, en Suiza. Asimismo, intervino en los Estados alemanes occidentales, forzando a que el 12 de julio de ese año, sus soberanos formaran la Confederación del Rin, bajo su protección. De esa manera, toda Europa al este del Elba quedaba bajo control francés.

La Cuarta Coalición

La reacción tanto del zar Alejandro I como del emperador Francisco II fue propiciar la Cuarta Coalición contra Francia, a la que se unió Prusia, Gran Bretaña, Sajonia y Suecia. Como antes lo había hecho, Napoleón reaccionó rápidamente para evitar la reunión de los bandos contrarios y, con una fuerza sustantivamente mayor que la prusiana, cruzó el Danubio; lo que le permitió avanzar

hacia el norte hasta quedar a su retaguardia. Giró luego hacia las fuerzas prusianas y las derrotó en las batallas de Jena y Auerstadt, el 14 de octubre de 1806. Trece días después, ingresó a Berlín donde estableció el Sistema Continental, que prohibía el ingreso de buques británicos a puertos europeos. Buscaba así derrotar al mar desde tierra, por lo que la lógica respuesta británica fue establecer un bloqueo a todo el continente.

La campaña contra los rusos siguió un patrón similar, colocándose en una posición que comprometía su línea de retirada hacia Rusia y obligándolos a presentar batalla en Eylau (7 y 8 de febrero de 1807). Sin resultados decisivos en dicho encuentro, volvió a derrotarlos en Friedland (14 de junio), y a forzarlos a firmar el Tratado de Tilsit (7 de julio); acto que también llevó a los prusianos, dos días después, a aceptar la derrota. Los austriacos solo firmarían la paz el 14 de octubre de 1809, luego de una serie de derrotas, entre ellas la de Wagram (6 de julio de ese año).

Las campañas de 1806 y 1807 muestran un Napoleón que, habiendo alcanzado la madurez de su genio estratégico, comienza a ser complaciente consigo mismo y a menospreciar al enemigo. Siguió siendo brillante en la concepción y en la conducción estratégica y táctica, pero confió excesivamente en la concentración de la artillería sobre un punto determinado, y en la capacidad de sus tropas para batir a sus oponentes. Esto lo llevó a ser más directo en sus aproximaciones y a privilegiar el dislocamiento físico sobre el moral, elemento central para la economía de medios. Asimismo, ensoberbecido por los triunfos, impuso condiciones excesivamente duras a Prusia, abrió otros frentes en Portugal y España y cortó toda posibilidad de paz con Gran Bretaña. Todo ello configuraba un grave error en la gran estrategia[40].

La Guerra Peninsular

En 1807 tropas francesas cruzaron España para atacar a Portugal, uno de los pocos aliados que aún le quedaban a Gran Bretaña en el continente. Al año siguiente, Napoleón se apoderó de la familia real española y coronó a su hermano José como rey de España, generando el levantamiento del pueblo de Madrid el 2 de mayo de 1808. Ese acto fue el inicio de la Guerra Peninsular o de Independencia española, que habría de durar hasta 1814. Uno de los efectos de esa prolongada lucha fue el inicio de las guerras por la independencia his-

40. LIDDELL HART, *Estrategia de aproximación indirecta*, pp. 129-130.

panoamericana, y la alianza entre Gran Bretaña y España contra Napoleón.

Varias juntas de gobierno surgieron tanto en España como en América, y una de ellas, autodenominada Junta Central, trató de ser reconocida como cabeza de Gobierno, pero su situación era bastante precaria, especialmente luego de quedar sitiada en Cádiz y ocupado buena parte del territorio por las fuerzas francesas.

A mediados de 1811, luego que Wellington pudiera rechazar al ejército de Andrés Massena en el tercer intento francés por ocupar Portugal, la situación en España quedó más o menos estabilizada.

El ejército español tuvo un papel bastante limitado en los levantamientos populares iniciales, lo que hizo creer a Napoleón que eventualmente se sometería a las órdenes de su hermano. Pronto se movilizó para defender las principales ciudades del país. Con apoyo de las guerrillas, en los meses siguientes las fuerzas españolas lograron alcanzar algunos triunfos, pero no pudieron impedir que José Bonaparte entrara a Madrid y fuese coronado como José I, el 25 de julio de 1808.

Si bien la captura del escuadrón del almirante Francois Rosily en Cádiz, en junio, había sido un notable éxito, la victoria española en Bailén (16 al 19 de julio) fue la primera derrota de las hasta entonces invencibles fuerzas napoleónicas. A ello se unió la intervención británica en Portugal, que logró expulsar a los franceses. Estos hechos habrían de inspirar levantamientos populares en otras partes de Europa y la formación de la Quinta Coalición, en 1809.

Los reveses sufridos por los franceses en 1808, llevaron a José I y sus tropas a replegarse hacia los Pirineos, mientras que unos 35.000 británicos se unían a los 86.000 efectivos del ejército español. Ante esta situación, en noviembre de ese año, el propio Napoleón marchó sobre España, reuniendo bajo su mando 280.000 hombres. En una brillante ofensiva, logró envolver a las fuerzas españolas y entrar a Madrid el 4 de diciembre; forzando poco después a las fuerzas británicas que se acercaban a dicha ciudad, a retirarse hacia La Coruña, con pérdidas cercanas a los 7.000 hombres.

Tras haber tomado el control de buena parte de España, a principios de 1809 Napoleón retornó a Francia, mientras que parte de sus fuerzas ocupaban el norte de Portugal. En abril de ese año, fuerzas británicas y portuguesas lograron expulsar nuevamente a los franceses, y para julio, estos últimos fueron obligados a evacuar Galicia. Arthur Wellesley, futuro duque de Wellington,

logró penetrar y acercarse a Madrid, pero al hacerlo se expuso a la concentración de fuerzas francesas superiores, viéndose obligado a replegarse a Portugal. Para finales de ese año, la Junta Central de Sevilla se había visto obligada a refugiarse en Cádiz, ciudad que quedó bajo sitio francés, y en enero de 1810, entregó el gobierno a un Consejo de Regencia integrado por cinco personalidades.

A mediados de 1811, luego que Wellington pudiera rechazar al ejército de Andrés Massena en el tercer intento francés por ocupar Portugal, la situación en España quedó más o menos estabilizada.

La campaña rusa, que se verá más adelante, llevó a que algunas unidades francesas fueran retiradas de España, debilitando la posición de José I. Esto llevó a Wellington a iniciar una nueva campaña, en la que se consiguió una notable victoria en Salamanca (22 de julio); además, ocupar temporalmente Madrid y sitiar Burgos; pero las fuerzas francesas nuevamente se concentraron sobre él, obligándolo a retroceder. Para finales de 1812 se encontraba en la frontera portuguesa, pero dejaba tras de sí a partes significativas de España en poder de las guerrillas, pues las fuerzas francesas de ocupación habían tenido que movilizarse contra él[41].

Una nueva ofensiva fue iniciada en mayo de 1813, en la que 120.000 aliados lograron derrotar a 68.000 franceses en Vitoria (21 de junio), y forzarlos a replegarse hacia los Pirineos. En los meses siguientes, los franceses fueron expulsados de España y las fuerzas aliadas iniciaron su invasión del territorio francés. ¡La Guerra Peninsular había concluido!

En esencia, esta guerra fue llevada a cabo por fuerzas regulares y por numerosos grupos guerrilleros. Las primeras fueron enfrentadas con altibajos por las experimentadas tropas francesas, sacando provecho del control del mar británico para operar más libremente; pero los segundos constituyeron una amenaza permanente a sus líneas de comunicaciones y abastecimiento, así como a las pequeñas guarniciones que tuvieron que establecer para tratar de controlar el territorio. La llamada "úlcera española" demandó un significativo número de efectivos imperiales para tratar de controlarla. Como señala Liddell Hart, al referirse al apoyo británico al esfuerzo guerrillero: "Rara vez en su historia ha causado una distracción mayor al enemigo a un precio tan bajo en su esfuerzo militar"[42].

41. LIDDELL HART, *Estrategia de aproximación indirecta*, p. 139.
42. Ibídem, p. 132.

En la medida en que ambas partes escalaron el nivel de la violencia, se fue dejando de lado toda consideración de discriminación, conforme nos lo recuerda la serie de grabados de Francisco de Goya, "Los desastres de la guerra".

Corso y guerra económica

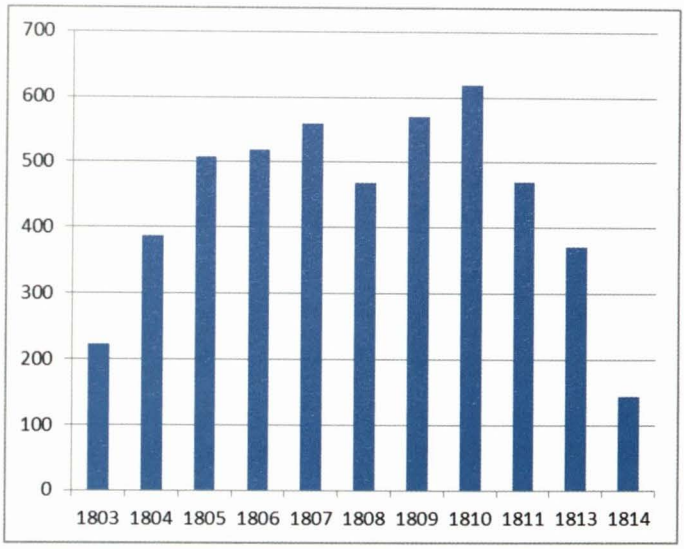
Mientras la guerra en España tenía lugar, Francia procuró presionar la voluntad de lucha británica buscando afectar su economía. El Sistema Continental fue la herramienta primaria para ello, pero similar importancia tuvo la perseverante acción de los corsarios franceses. Estos actuaron inicialmente en aguas británicas, escondiéndose en los accidentes de la costa, y luego que la influencia de Francia se extendiera por otras parte del continente, en aguas del Mediterráneo (desde puertos italianos y sicilianos, también desde puertos supuestamente neutrales como Tarifa y Ceuta, y desde otros puertos en el Adriático, el Jónico y en la costa africana) y del Atlántico norte (donde también actuaron corsarios daneses y noruegos). Los corsarios atacaban tanto a naves en convoy como a las que navegaban aisladas para atender el tráfico de cabotaje. En términos generales, los corsarios franceses eran pequeños y veloces, y tenían suficientes tripulantes para capturar y dotar luego a una o más naves enemigas. Su actuación representó una gran amenaza para la economía británica, generando el reclamo de los navieros, de los comerciantes, de las compañías de seguro y de las propias ciudades[43].

Gran Bretaña estaba seriamente afectada por los efectos de este tipo de guerra, como señala el *Naval Chronicle* en 1810[44]:

> *Nos hemos referido más de una vez al sorprendente hecho de que, con una flota que sobrepasa a la de todo el resto del mundo, y que nos ha permitido poner a una gran porción del mismo en defensiva, no podamos guardar nuestras costas de ser insultadas.*

En la medida en que el bloqueo continental se fue extendiendo, la actividad corsaria se incrementó, amenazando con cortar el comercio con el Báltico. El principal peligro fueron los corsarios daneses, que en pequeños y numerosos botes, usualmente propulsados a remo, atacaban convoyes, e incluso naves de guerra británicas en los canales de Malmo y en otros pasos forzados. El costo de los fletes al Báltico, que había sido uno de los más bajos, se incrementó de

43. MARCUS, G. J. *The Age of Nelson*. Sheffield: George Alen & Unwin, 1971, pp. 361-405.
44. Ibidem, p. 366.



Buques británicos capturados[47].

manera notable, hasta triplicar el promedio de otras rutas. En 1805, dicho flete equivalía de 3 al 5% del valor de la carga; después de 1807, se incrementó hasta el 20 y el 40% de dicho valor[45].

El bloqueo continental también elevó la importancia del mercado caribeño e índico. En la primera de estas zonas, los corsarios franceses fueron muy activos desde sus bases en islas como la Martinica, Haití y también Cuba. En el Índico, la principal base francesa fue la isla de Mauricio, desde donde, en coordinación con algunos gobernantes locales, se convirtieron en una amenaza constante para el comercio británico. La Estación Naval británica de la India debía, además de cuidar el comercio, proteger ese subcontinente contra las amenazas de un escuadrón holandés basado en Batavia, y de algunos buques de guerra franceses en la zona, bajo el mando del contralmirante Charles Linois, entre ellos el *Marengo* (84), que fue finalmente rendido en marzo de 1806 por fuerzas navales británicas muy superiores, cerca al cabo de Buena Esperanza[46].

Las fuerzas francesas estacionadas en Mauricio, al mando del general Charles Decaen, fueron reforzadas en 1808 y en 1809, hasta llegar a contar con cinco fragatas, dos corbetas y algunos corsarios, que comandadas por el comodoro Jacques Hamelin, lograron capturar varias naves de la Compañía de Indias

45. Ibídem, pp. 371-372.
46. Ibídem, pp. 377-379.
47. Ibídem, p. 382.

Orientales, evento sin precedentes. Esto motivó una mayor presión sobre el Gobierno de Londres que, finalmente, despachó una expedición que en 1810 capturó las islas francesas en la zona.

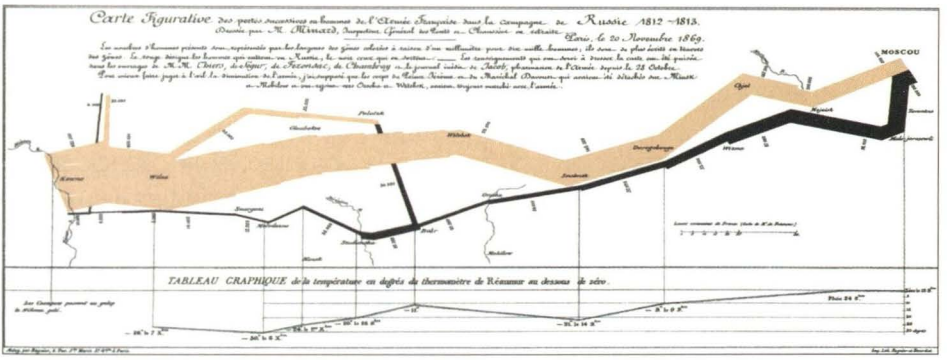
Aquel fue el peor año para el comercio británico, con pérdidas que redujeron sus exportaciones a casi un tercio. A ello se sumó una creciente competencia con Estados Unidos, situación que eventualmente contribuiría a fomentar la guerra contra esa república.

Muchas de las islas y posesiones francesas o de sus aliados, fueron capturadas para eliminar las bases contra el comercio británico; entre ellas St. Pierre y Michelon y Ciudad del Cabo en 1806, Curazao en 1807 y Anholt, en el Kattegat, en 1809. También se capturó la Guayana Francesa, Martinica, Guadalupe y Santo Domingo; además, Bourbon Island en julio de 1810, Mauricio en noviembre de 1810, y Amboyna y Java en agosto de 1811.

El sistema de patrullaje costero británico no fue eficiente. En parte, por estar a cargo de buques menos veloces que los corsarios enemigos, y en parte, porque los comandantes británicos encargados de dicho servicio, preferían no arriesgarse en condiciones climáticas adversas, preferidas por los corsarios; o destinaban mayores esfuerzos a perseguir contrabandistas, ya que podía significarles alguna ganancia. Se estableció una cadena de puestos de señales en toda la costa y se puso en vigencia el Acta de Convoy Obligatorio, que imponía una estricta disciplina a los mercantes, e incluso los hacía perder su seguro en caso de que fuesen capturados luego de romper el convoy. La regla general fue grandes convoyes, llegando a contarse con algunos de trescientos, cuatrocientos y hasta quinientos buques en la boca del Canal, o en la entrada del Báltico. Un caso excepcional fue el convoy de mil naves mercantes y sus escoltas, entre las cuales estaban el *Victory* y otros seis buques de línea, que se formó en octubre de 1809, en la bahía de Vinga. Este sistema, unido al patrullaje de zonas focales a cargo de fragatas, corbetas, bergantines e incluso goletas, llegó a ser muy eficiente y pudo finalmente, contrarrestar la acción de los corsarios, llevándolos a disminuir su actuación hacia el final de la guerra.

La campaña de Rusia y el inicio del fin

La creciente hegemonía francesa en Europa se oponía a las aspiraciones rusas por industrializar el país, por lo que, eventualmente, Alejandro I optó por apartarse del Sistema Continental. Esto llevó a la invasión francesa a Rusia en 1812.



La Campaña Rusa, 1812.

Esta vez, un ensoberbecido Napoleón cometió funestos errores de concepción y conducción, que habrían de costarle la pérdida de cerca de medio millón de hombres y su derrota en 1814, por una nueva coalición que unió en su contra a Rusia, Prusia, Austria, Suecia, España, Portugal, Sicilia y Cerdeña.

La invasión se inició el 23 de junio, y las fuerzas napoleónicas, casi la mitad de ellas de origen no francés, avanzaron sin mayor oposición por un territorio devastado por los propios rusos. Dirigido por Kutúzov, el ejército ruso le plantó cara en Smolenko (16 al 18 de agosto) y en Borodino (7 de setiembre), batallas en la que ambas partes sufrieron sustantivas pérdidas. Pero mientras que los rusos podían reponer sus bajas, para Napoleón esto resultaba prácticamente imposible, además de tener que sortear crecientes problemas logísticos, al haber extendido sobremanera sus líneas de abastecimiento[48].

Kutúzov se replegó a Moscú y convenció a Alejandro I de la necesidad de abandonar la ciudad, la que fue ocupada por Napoleón el 14 de setiembre. El emperador permaneció un mes en un Moscú parcialmente destruido por los propios rusos, esperando vanamente la rendición del Zar. Finalmente, el 19 de octubre se inició la Gran Retirada. Con habilidad, Kutúzov maniobró para forzar al ejército napoleónico a utilizar la misma ruta que había empleado en su penetración; pues todos los recursos existentes en ella habían sido destruidos, primero por los rusos en su retirada, y luego por los franceses en su avance. El creciente frío, la falta de alimentos, los repetidos enfrentamientos con los rusos y el permanente hostigamiento de los cosacos, fueron mermando las fuerzas francesas, que debieron sufrir terribles pérdidas en el cruce del río Beresina, del 26 al 29 de noviembre.

48. Clausewitz dedica varias páginas al avance francés y a la resistencia rusa (*De la guerra*, libro IV, cap. XXV, pp. 247-260).

Esta campaña marcó el inicio del fin de Napoleón. Había empleado una fuerza enorme, que si bien podía maniobrar fácilmente en los vastos territorios rusos, sus movimientos difícilmente podrían pasar desapercibidos para sus contrincantes. Por otro lado, Moscú no resultó el objetivo militar que Napoleón había imaginado, pues su ocupación no doblegó la voluntad ni la capacidad de lucha rusa. Por su parte, Kutúzov uso hábilmente la política de tierra arrasada, multiplicando los problemas logísticos franceses, siendo acertadas las medidas para hacer retornar a las fuerzas imperiales por la misma ruta que habían usado para avanzar. En el plano sicológico, la derrota napoleónica se alimentó de la desmoralización de sus fuerzas al emprender la retirada en medio del crudo invierno, sin abastecimientos, enfrentando la permanente hostilidad de los cosacos y los ataques del ejército ruso[49].

Los desastrosos resultados de la invasión a Rusia motivaron el levantamiento generalizado de los gobernantes europeos que habían sido sometidos por Napoleón, así como un intento de golpe de estado en París. Napoleón logró formar un nuevo ejército cercano a los 400.000 hombres, e infligir algunas derrotas a las fuerzas de la nueva coalición, formada en su contra, a las que obligó a aceptar un armisticio a principios de junio de 1813. Reiniciadas las acciones en agosto, las fuerzas aliadas se acercaban al millón de hombres, a lo que Napoleón solo podía oponer algo más que la mitad. Tras varias derrotas parciales, tuvo que enfrentar a tres ejércitos que convergieron sobre su posición en torno a Leipzig. La llamada batalla de las Naciones tuvo lugar del 16 al 19 de octubre de 1813, tras lo cual Napoleón perdió a parte significativa de sus fuerzas. Pese a ello, logró retirarse hasta París, donde se dio el lujo de rechazar propuestas de paz, que lo dejaban como emperador y a Francia en poder de Bélgica, Saboya y el Rinelad.

En diciembre los aliados invadieron Francia, y si bien Napoleón logró algunas victorias, era imposible detener una fuerza siete veces superior a la suya. Finalmente, París fue ocupado y los jefes militares franceses forzaron a Napoleón a abdicar, decisión que tomó el 11 de abril de 1814, luego de lo cual fue exiliado a la isla de Elba, convertida en un principado bajo su Gobierno.

La monarquía francesa fue restaurada y Luis XVIII ingresó a París en mayo, pero su gobierno duró solo once meses, pues el 1° de marzo de 1815 Napoleón desembarcó en Francia e inició su marcha sobre París, uniéndosele las fuerzas despachadas para detenerlo. De inmediato, Gran Bretaña, Austria, Rusia, Prusia, Suecia,

49. LIDDELL HART, *Estrategia de aproximación indirecta*, pp. 141-142.

los Países Bajos, España y varios Estados alemanes formaron una nueva coalición en su contra y movilizaron cerca de 190.000 hombres para invadir Francia.

Tal como había hecho en anteriores oportunidades, Napoleón procuró adelantarse a sus contrincantes y avanzó sobre Bélgica y los Países Bajos, buscando de esta forma, evitar que se reunieran las fuerzas contrarias. Se inició así la llamada campaña de Waterloo, que implicó varios enfrentamientos en los que el emperador mostró nuevamente, su brillo estratégico y táctico. Pero sus viejos contrincantes habían aprendido de él y, finalmente, lograron derrotarlo en Waterloo, el 18 de junio de 1815; donde Wellington con sus tropas británicas y neerlandesas, logró resistir sus ataques hasta el oportuno arribo del ejército prusiano de Gerhard Blucher.

Tras abdicar, Napoleón se retiró a Mailmason y luego a Rochefort, donde fue capturado por los británicos; luego de ello, fue exiliado a la isla de Santa Elena, en la que falleció el 5 de mayo de 1821.

Conclusiones

Durante veintitrés años las guerras de la Francia revolucionaria y napoleónica conmocionaron Europa y a otras partes del planeta, donde las potencias europeas tenían colonias o factorías, entre ellas el virreinato peruano. Pero al margen de su amplitud geográfica, las conflagraciones perfeccionaron los significativos cambios que comenzaban a darse en la organización militar francesa, transformando la guerra en un acto que involucraba a todos los ciudadanos de una nación y despertando una nueva era de nacionalismos en el mundo occidental. Con estos elementos, y con una oficialidad sustantivamente más joven e innovadora que la del antiguo Régimen, la forma de combatir también experimentó transformaciones importantes, llevadas a su perfección por Napoleón y sus mariscales.

El joven general que dirigió el Ejército de Italia en 1796, fue audaz, identificó adecuadamente sus objetivos, concibió las operaciones necesarias para alcanzarlos y las condujo de manera adecuada y con gran velocidad, logrando romper el equilibrio de sus contrincantes. Durante la década siguiente se mantuvo ese patrón operacional, pero en la medida en que el ejército francés fue creciendo en tamaño y calidad, fue privilegiando la búsqueda de la batalla por encima de la ruptura del equilibrio estratégico.

Luego de 1807, teniendo bajo control gran parte de Europa, Napoleón co-

metió errores sustanciales en el plano de la gran estrategia, al abrirse nuevos frentes en España y Rusia. Esto dio una magnífica oportunidad a los británicos para alentar las luchas populares contra Francia, tanto en esos países, como en el resto de la Europa dominada por las fuerzas napoleónicas.

Como señala Liddell Hart: "Napoleón fue más dinámico que pensador profundo, (y) no desarrolló una clara filosofía de la guerra"; pero fue claro en señalar que, lo importante era romper el equilibrio estratégico del oponente, concentrando los esfuerzos propios sobre un punto adecuado de su dispositivo[50].

Por otro lado, desde el inicio de las guerras, Gran Bretaña prevaleció en el mar. Con habilidad, logró fijar a sus oponentes y batirlos en detalle, de modo que no pudieran alcanzar concentraciones peligrosas. Si bien la principal amenaza fue una posible invasión a las islas británicas, para lo cual empeñó lo principal de su fuerza, la protección de sus crecientes intereses ultramarinos llevaron a sus escuadrones y naves sueltas a operar de manera global. Simplemente, tal como sucedería en las guerras mundiales, su dependencia del mar era sustantiva, y proteger sus líneas de comunicaciones era un interés vital y tarea primaria de la Armada.

Bibliografía

- CASTEX, Raoul. *Strategic Theories*. Annapolis, Maryland: Naval Institute Press, 1988.
- CLAUSEWITZ, Carl von. *De la Guerra*. Lima: Biblioteca Militar del Oficial, 1977.
- COBBAN, Alfred. *A History of Modern France*. Harmondsworth, Middlesex: Pinguin Books, 1963.
- CORBETT, Julian S. *Some principles of Maritime Strategy*. Annapolis, Maryland: Naval Institute Press, 1988.
- GUTTRIDGE, Leonard F. *Mutiny, a history of naval insurrection*. Surrey: Ian Alla, 1992.
- HOBSBAWM, E. J. *Las revoluciones burguesas*. Barcelona: Guadarrama / Punto Omega, 1982.
- JOMINI Antoine Henri. *Compendio del arte de la guerra*. Madrid: Imprenta de D.M., 1840.
- KEEGAN, Paul. *A history of warfare*. Nueva York: Alfred A. Knopf, 1994.
- LIDDELL HART, Basil. *Estrategia de aproximación indirecta*. Buenos Aires: Editorial Rioplantense, 1973.
- MAHAN, A.T. *The Life of Nelson. The Embodiment of Sea Power of Great Britain*. Boston: Little, Brown and Company, 1943.
- MARCUS, G. J. *The Age of Nelson*. Sheffield: George Alen & Unwin, 1971.

50. Ibidem. p. 119-120.

- MERRIMAN, John. *A History of Modern Europe. From Renaissance to the Age of Napoleon.* Nueva York: W.W. Norton & Company, 1996.
- MORIULLO, Stephen; BLACK, Jeremy y LOCOCO, Paul. *War in World History.* Nueva York: McGraw- Hill, 2009.
- Museo Naval. *El último viaje de la fragata Mercedes. La razón frente al expolio. Un tesoro cultural recuperado.* Madrid: Museo Naval, y Museo Arqueológico Nacional, 2014.
- O'DONNELL, Hugo. *La campaña de Trafalgar. Tres naciones en pugna por el dominio del mar (1805).* Madrid: La Esfera de los Libros, 2005.
- ORTIZ SOTELO, Jorge. La Guerra del Peloponeso: un poder terrestre vence a un poder marítimo. *Revista de Marina,* 2007, año 100, n.º 1, pp. 73-91.
- ORTIZ SOTELO, Jorge. Las guerras anglo-holandesas: dos poderes marítimos en lucha por el predominio. *Revista de Marina,* 2008, año 101, n.º 2, pp. 78-97.
- ORTIZ SOTELO, Jorge. "Eugenio Cortés y Azúa: de súbdito real a ciudadano americano". *Revista de Estudios Históricos* del Instituto Chileno de Investigaciones Genealógicas, 2004, n.º 45, pp. 295-333.

PARET, Peter. *Makers of Modern Strategy.* Princeton: Princenton University Press, 1986.

- PIRENNE, Jacques. *Historia Universal.* Barcelona: Océano, 1982.
- SARGENT, Herbert H. *The Campaign of Marengo.* Chicago: A. C. McClurg & Co., 1914.
- SARGENT, Herbert H. *Napoleon Bonaparte's First Campaign.* Chicago: A. C. McClurg and Co., 1912.
- TARLE, Eugueni. *Napoleón.* Barcelona: Grijalbo, 1970.
- THIERS, A. *Historia de la Revolución Francesa.* Barcelona: Antonio Virgili, 1911.
- TUCKER, Spencer C. *Handbook of 19th Century Naval Warfare.* Annapolis: Naval Institute Press, 2000.





B.A.P Callao TC-132 Placa de Metal Antimonio